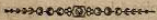


mos disculpa en nuestras ofensas? No sin duda. Pues ¿qué diremos cuando por juguetes y frusterías de niños, y muchas veces sin interese alguno, sino por costumbre y por solo desprecio de la Divinidad hemos pecado? Algunos cuando pecan suelen pecar con algun temor y remordimiento de conciencia, á lo ménos sienten el mal despues que lo han hecho; pero nosotros, ¡qué ceguedad, qué insensibilidad! Hemos hecho millones de pecados sin sentir temor ni remordimiento de conciencia: vivimos como si creyésemos que no hay Dios que juzgue nuestras acciones, que castigue nuestras maldades y que venga sus injurias. ¡Qué retrato tan cabal hace de nosotros David en su salmo 93! *¡Hasta cuándo los pecadores, Señor: hasta cuándo los pecadores se gloriarán: charlarán, y hablarán iniquidad: hablarán todos los que obran injusticia? A tu pueblo, Señor, abatieron y á tu heredad maltataron. A la viuda y al extranjero mataron, y á los huérfanos quitaron la vida. Y dijeron: No lo verá el Señor ni lo sabrá el Dios de Jacob.* Este es el mayor mal que hay en el mundo: los piés ligeros para correr al mal, es lo mas aborrecido de Dios. Esa facilidad, esa ligereza en el pecar, es lo que condenó á muchos, y nos condenará tambien á nosotros. Baste ya de pecados: uno solo seria mucho: muchos ¿qué serán?... Aprovechemos en justicia y santidad como Jesucristo, no en culpas é iniquidad.

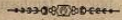


EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

*Tercer Domingo despues de Epifania.*—Tocando Jesus con su mano á un leproso, le sana. *San Mateo, cap. VIII.*  
*Nuestra Señora de Belen.*

*Cuarto Domingo despues de Epifania.*—Estando Jesus durmiendo en un barco, sobrevino una fuerte tempestad: sus discipulos lo despertaron pidiéndole los salvase; y levantándose Jesus, amenazó al viento, y dijo á la mar: *Calla, enmudece: al instante el viento cesó y sobrevino una gran bonanza.* *San Mateo, cap. VIII.*

*Quinto Domingo despues de Epifania.*—Parábola de los hombres dormidos, y el enemigo sembrando zizania en medio de ellos. *San Mateo, cap. XIII.*



Tercer Domingo despues de la Epifania.

ESTE Domingo no tiene cosa particular que pueda llamarnos la atencion. Solo hallamos que antiguamente se llamaba indiferente.



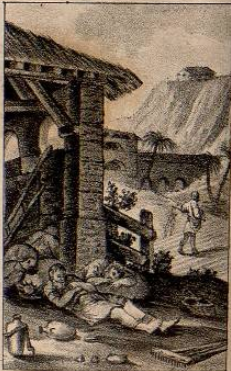
Tercer Domingo despues de Epifania



Nra. Sra. de Belen.



Cuarto Domingo despues de Epifania



Quinto Domingo despues de Epifania.



mente Domingo del leproso, Domingo del centurion, ó Domingo despues de la Cátedra de San Pedro. La misa de este dia empieza por estas bellas palabras del salmo 98 v. 99: "Adorad á Dios todos sus ángeles: oyó y celebró Sion; y se alegraron las hijas de Judá." David, restablecido sobre su trono, toma ocasion del castigo que hizo Dios con sus enemigos, para descubrir en este salmo la segunda vida del Hijo de Dios en el día del juicio universal. El Profeta convida á los ángeles á adorar á este Hombre Dios: explica el gozo que ha sentido Sion al oír cuál ha de ser en aquel día el poder de su Rey, y que de este gozo han participado todos los hijos de Judá. En fin, exhorta á los hombres á huir del mal, para hacerse dignos por su inocencia de la proteccion y de las recompensas de su Juez Soberano. En Sion está figurada toda la Iglesia, y en las hijas de Judá todas las almas justas y fieles, hijas de esta Santa Madre.

La Epístola es del capítulo XII de la carta de San Pablo á los romanos. En ella el Apóstol prosigue á enseñar á los romanos las principales obligaciones de la vida cristiana. Habíase introducido en los fieles de Roma cierto espíritu en que el amor propio y la envidia tenían mucha parte, y por el cual, los que eran judíos de origen, se preferían á los gentiles, por pertenecer á la nacion privilegiada, á que habia sido enviado el Mesías; y los que eran gentiles, se preferían á los judíos, por haber estos puesto en la cruz al Salvador. Queriendo, pues, el Apóstol abatir la vanidad de los unos y la de los otros, poniéndoles á la vista sus propias miserias é inspirándoles el conocimiento de que á solo Dios debían la felicidad y la honra de ser cristianos; los exhorta á apagar enteramente el espíritu de paisanage, tan opuesto al espíritu de Dios: el espíritu de partido y division, tan contrario al de la verdadera caridad; y el espíritu de soberbia y exaltacion propia diametralmente opuesto al de la humildad cristiana. Esta les recomienda el Apóstol, haciéndoles ver que no deben contentarse con exterioridades de esta importante virtud, sino con una humildad de corazon, con que se aplica el hombre á conocer su propia vileza, á despreciarse á sí mismo y á desear que otros lo desprecien. Como la humildad de corazon es inseparable de la mansedumbre, procura tambien San Pablo inspirar esta virtud á aquellos fieles, exhortándolos á perdonar las injurias, á no volver mal por mal; mas ántes bien á hacer bien á aquellos que los hubiesen ofendido: por este medio, les dice, amontonareis sobre las cabezas de vuestros enemigos carbones encendidos; expresion, que

segun San Gerónimo y San Agustín, denota ablandar á fuerza de beneficios la dureza de sus corazones, causándoles un vivo dolor de haber ofendido á personas que los colman de bienes, y obligándolas á que las amen á pesar suyo. En fin, concluye el Apóstol, no os dejéis vencer del mal; ántes bien, procurad vencer el mal con el bien. Este vencimiento es sin duda el efecto mas glorioso de la magnanimidad cristiana, y los prueba mas auténtica de una virtud heroica, la cual al mismo tiempo que ennoblece y decora á quien la posee, descubre y hace patente toda la malignidad y los vicios del corazon ulcerado y maligno, que desviándose del sendero de la virtud, no sabe otra cosa que vengar sus ofensas, volviendo mal por mal.

El Evangelio de este dia contiene la historia de la curacion del leproso y la del siervo del centurion, referidas por S. Mateo, capítulo VIII. Habiendo llamado Jesus á S. Pedro, S. Andrés, Santiago y S. Juan para que le siguieran, recorrió con ellos muchas ciudades, villas y lugares, enseñando y haciendo milagros en todas partes. Habiéndose retirado un dia á un monte muy alto, fué luego seguido de una multitud grande de pueblo, á quien traía en pos de sí con sus milagros, y que no se cansaba jamas de oírle. En esta ocasion predicó aquel gran sermón, que se puede considerar como el compendio de toda la doctrina del Salvador, y de toda la moral del Evangelio. Habiendo bajado de este monte, vino un leproso á presentárselo; estaba todo cubierto de úlceras á manera de escamas de pescado, extendidas por todo el cuerpo; y todo él no era mas que una sola úlcera. Estaba tan horroroso, que no osaba ponerse delante de nadie: y así se postó á los piés del Salvador con los ojos y el rostro en tierra; lo adoró humildemente, le abrazó las rodillas animado de una fé viva y lleno de una firme confianza: Señor, le dijo, yo sé que nada es imposible para vos; estoy seguro de que si vos quereis, me podreis curar de mi lepra; mi salud está en vuestras manos. Vos sois infinitamente misericordioso; vos veis mi mal, y esto basta. Aun no habia acabado de hablar, cuando Jesucristo alargó la mano, le tocó, y lo dejó mas limpio y mas sano que jamas habia estado, y esto sin decir otra cosa sino: "Yo quiero, queda sano, y limpiate de tu lepra." Mas como este Dueño y Maestro soberano, que igualmente remedia las enfermedades del alma que las del cuerpo, nos queria enseñar la humildad, segun advierte San Ambrosio, prohibe al leproso que publique el milagro de su curacion,



y acompaña la prohibicion con algunas amenazas. Lo despide de sí, y le dice: "Cuidado con decir nada de lo que he obrado contigo: preséntate solo al príncipe de los sacerdotes, y ofrécele lo que la ley de Moises manda que se ofrezca; sin su consentimiento y aprobacion no vuelvas á entrar en el comercio del mundo, para que él y todos los sacerdotes, sean testigos de que cumplo y hago que se cumpla la ley."

Este hombre, que debía á Jesus su salud y su vida, supo distinguir bien las dos cosas que le ordenó su bienhechor. En cuanto á la primera, que era no hablar de su curacion, no la consideró como un precepto, sino solo como una leccion ó ejemplo de humildad, dice San Ambrosio: por eso desde que se pudo presentar en público, y se acabó el tiempo de su separacion conforme á la ley, publicó altamente todo lo que habia pasado. La sola súplica de este leproso, dice San Crisóstomo, da á entender la grandeza de su fé, su firme confianza y su perfecta resignacion: ella es uno de los mas bellos modelos de oracion que hay en todo el Evangelio. Este milagro de la curacion del leproso se habia obrado á la puerta de Cafarnaum, ó muy cerca de la ciudad. Habiendo entrado Jesus en la ciudad, se encontró con los ancianos y con los mas calificados de entre los judíos, que venian á suplicarle de parte del centurion se dignara curarle un criado que estaba enfermo de peligro, y era muy estimado de este oficial. San Mateo, por abreviar la narracion, nada dice de la interposicion ó mediacion de los judíos, y cuenta las cosas como si solo hubieran pasado entre el Salvador y el centurion. San Lucas, que refiere este hecho mas circunstanciado, no dice que el centurion fuese en persona, sino solo que hizo la súplica á Jesucristo por medio de los principales de los judíos, los que le hablaron en nombre de él y aun sirviéndose de sus propios términos. Es verosímil que la primera súplica se hiciese por los ancianos de los judíos en nombre del centurion; y que sabiendo este oficial que Jesucristo iba á su casa, le saliese él mismo al encuentro. Como en efecto, el Salvador les concedió mas de lo que pedían. "Yo mismo iré, les dijo, y curaré al enfermo." Partió, pues, al punto y se encamina con ellos á la casa del centurion. Advertido éste de que Jesucristo iba á su casa, se anticipa á este Médico omnipotente, y habiéndole hecho una profunda reverencia, le dice: Señor, no os tomeis el trabajo de pasar mas adelante; yo no soy digno de que vos entrais en mi casa. No me he juzgado digno ni aun de ir á hablaros en perso-

na; estoy seguro que sin que paseis mas adelante, podeis con una sola palabra curar á mi criado, puesto que toda la naturaleza os obedece, como á su soberano Dueño; y estoy cierto ademas de que no hay enfermedad alguna que no ahuyenteis con una sola palabra.

Este discurso agradó tanto al Salvador, que no pudo dejar de manifestar la extremada satisfaccion que tuvo de la fé de este oficial romano; lo que le hizo decir á todo el pueblo que le seguia: En verdad que no he hallado fé tan grande en Israel en ninguno de aquellos á quienes he hecho mas beneficios, y que están mas obligados á creer y esperar en mí; no por cierto, no es tan firme vuestra fé como la de este extranjero. El Hijo de Dios hablaba de los que estaban presentes y de todo el pueblo judío; exceptuándose de esta generalidad María Santísima, San Juan Bautista y los apóstoles; y esta excepcion no quita que la fé de este extranjero fuera capaz de confundir la incredulidad de la nacion judaica. La grandeza de esta fé, hizo que el Salvador añadiese que muchos vendrian del Oriente y del Occidente, y se sentarian con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos de la casa serán desheredados por su ingratitud y arrojados al abismo. Lo que el Hijo de Dios les dijo por estas palabras, denota bastante la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio, merecerian ser sustituidos en los puestos destinados á los judíos, y sucederles en todos sus derechos. Este terrible oráculo habla igualmente con los malos cristianos, que habiendo sido convidados al festin misterioso, y habiendo entrado en la sala con los demas convidados, no habian llevado á él el vestido de boda; esto es, habrán perdido la inocencia y habrán muerto en pecado.

Hasta aquí no habia hecho el Salvador otra cosa que alabar la fé del centurion; pero no habia respondido todavía á su peticion ni á los que se interesaban por él, los cuales por respeto guardaban silencio y esperaban el efecto de su misericordia. En fin, mirando el Salvador al centurion, le dijo: "Vete; quiero que veas cumplido tu deseo, y que en ello tengas una recompensa de tu fé: hágase como lo has creído." En la misma hora que el Salvador pronunció estas palabras, quedó perfectamente sano el enfermo. Esta maravilla la admiraron todos, y muchos creyeron en el Salvador, movidos de su poder y del atractivo de sus palabras.



## PIESTA

DE NUESTRA SEÑORA DE BELÉN.

CELEBRA nuestra Iglesia en esta Dominica la fiesta de nuestra Señora de Belén, cuyo objeto no es otro que celebrar las glorias y gozos de María Santísima en el nacimiento de su Divino Hijo nuestro Redentor Jesucristo. Así como dedica la Iglesia universal un día á la compasion de los Dolores de la misma Virgen soberana, porque en los consagrados á la memoria de la pasion de su Hijo Santísimo, aunque no podemos prescindir de la Madre, arrebatada el Hijo toda nuestra atencion y se lleva todos nuestros afectos; así parece que en esta solemnidad tratamos de particularizar á la Madre, por habernos ocupado enteramente el día del nacimiento el asombro, la admiracion y el gozo de tan alto misterio; si bien no podemos olvidar á la Madre, ni negar la parte tan íntima que tiene en uno y otro misterio, como ni tampoco que al glorificar al Hijo ensalzamos á la Madre, ni que en las honras que á ella tributamos es el mismo Jesus glorificado.

La recomendacion que por sí misma tiene una solemnidad tan agradable á Dios, de tanta honra para la Virgen soberana, y tan propia para fomentar la devocion de los fieles, nos excusa de extendernos demasiado acerca de ella; pues siendo su objeto el indicado ya, se ve á todas luces debida, justa y provechosa.

En efecto, de cuánta honra y gloria sea para la Virgen Santísima, no lo alcanza el humano discurso, porque por ella le hacemos, llenos de admiracion y de gozo, el magnífico elogio que le dirige el Padre San Bernardo, celebrando aquella excelencia tan singular y propia de María, que no hay, ni ha habido, ni habrá jamas quien en ella se le pueda semejar. "Una cosa encuentro, dice el millifluro Doctor, en que no tiene María semejante, y es el que disfrute los gozos de Madre con el honor de la virginidad." Este privilegio singular de que empezó á gozar en la encarnacion, tiene en el nacimiento su complemento y perfeccion.

A esta grandeza y cúmulo de bienes que recibe la Santísima María por la maternidad divina, pone el colmo el cumplimiento de aquella célebre profecía que anunció al mundo un prodigio nuevo y singular, desconocido en todas sus edades. *Una virgen, dijo el Señor por Isaias á la casa de David, una virgen concebirá y parirá un Hijo, y llamará su nombre Emmanuel,* que se interpreta el

*Señor con nosotros.* No conocida por su esposo José, María Virgen concibe por virtud del Espíritu Santo al Divino Verbo, que encarnado en su vientre nace de un modo divino, sin lesion del clastro virginal, á la manera que despues de su resurreccion entra en el cenáculo sin abrirse las puertas que tenian cerradas los apóstoles por miedo de los judios. Este prodigio anunciado por el Profeta Ezequiel, y cumplido en el nacimiento de Jesucristo, deja á su Virgen Madre sin lesion alguna, y la conserva Virgen siempre intacta, como la preconiza la Iglesia. He aquí el gran signo del Mesías y Cristo verdadero que profetizó Isaias, y he aquí en ello las glorias y gozos de María.

Tal era la situacion de la Virgen Madre en el Portal de Belén, en aquel establo que en vez de envilecer al Hijo del Altísimo, que en él nace de una Virgen, queda al contrario tan ennoblecido por él, que hace á la pobre aldea de Belén una ciudad magnífica y excelsa; no por su poblacion, no por sus edificios, no por su riqueza y comercio, que en todo esto es corta y escasa, sino por su dignidad, pues en ella nace el Libertador de Israel. Gloria tan singular le anuncia el Señor ocho siglos ántes por su Profeta Miqueas, diciéndole: *Y tú, Belén de Judá, de ninguna manera eres pequeña entre las principales ciudades de Judá, porque de tí saldrá el caudillo que dominará en Israel.*

A esta pequeña poblacion llega la purísima María trayendo en su vientre virginal al Divino Infante, y acompañada de su castísimo esposo: en este establo se alberga, y en él espera el cumplimiento de los divinos vaticinios. Absorta en la contemplacion mas profunda y elevada de los divinos misterios que en ella se obran: inundado su corazon en delicias celestiales: abrasada toda del amor de su Dios, cuando un quieto silencio ocupaba toda la naturaleza, y la noche en su carrera habia vencido la mitad de su camino, nace la estrella de Jacob; el exquisito nardo da su olor: germina la vara de Jesé: hablemos sin figuras; la Virgen Soberana, Madre fecunda del Divino Espíritu, da á luz á su verdadero Hijo, Dios humanado por la salud del hombre: la gloria de Dios la circunda, y entre sus resplandores María tiene en sus brazos, María estrecha en su pecho maternal al Divino Infante, fruto bendito de su vientre. ¡Qué tristeza pueden infundirle las tinieblas nocturnas, si tiene á su vista al que es luz sin tinieblas! ¡Qué la puede contristar la humildad de un establo, cuando está en la presencia del Rey de la gloria? ¡Qué



falta pueden hacerle los tesoros de la tierra, cuando tiene en sus brazos al dueño de los cielos? ¿Qué puede echar ménos de las comodidades y de la compañía de los mortales, si reclina en su pecho al que es las delicias del Padre celestial, y á quien asisten miles de miles de ángeles, que festivos aclaman su gloria en las alturas?

Esta aclamacion festiva y el anuncio de la paz á los hombres de buena voluntad, con la noticia cierta de haber nacido en Belén el Salvador del mundo, escuchan absortos de boca de los ángeles los pastores de aquella region que velaban al cuidado de sus ganados, y convidados de los ángeles se dirigen al portal diciendo llenos de gozo: "Vamos hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido y el Señor nos ha mostrado." Vinieron pues, con gran priesa, y hallaron á María y á José, y al Niño envuelto en pañales y reclinado en el pesebre, que eran las señas que les habia dado el ángel para que le buscasen; y viéndolo fueron ilustrados de lo alto para conocer lo que se les habia dicho de este Niño, por lo que se volvian glorificando y alabando al Señor por todas las cosas que habian oido y visto, conformes al anuncio que se les habia hecho.

El evangelista San Lucas, de quien sabemos que fué instruido en muchas cosas por la misma Virgen Santísima, nos advierte que María conservaba y conferia en su corazon todas aquellas palabras de los pastores; en lo que nos da á entender, que iluminados y poseidos del Espíritu del Señor hablaban cosas misteriosas dignas de admiracion. Pronto descubrirá otros arcanos; pronto se dejará ver una nueva estrella conduciendo á unos hombres sabios y poderosos; pronto notará en los misteriosos dones que ofrezcan al Niño Divino, cómo este Señor se revela á los mortales y se hace reconocer de ellos como Dios verdadero, supremo Rey y Redentor generoso.

Es bien notoria la devocion de los fieles á este divino misterio; pero entre todos se distinguió en nuestra Iglesia americana el órden hospitalario de Convalecientes, fundado por el venerable Pedro de San José en Goatemala, y difundido con el tiempo en ambas Américas y algunas de sus islas. La devocion de su santo fundador al misterio del nacimiento le hizo dar al primer hospital de Convalecencia que fundó el título de Belén, que tomó despues todo el órden. Su prefecto general Fr. Francisco de Santa Teresa obtuvo la concesion de oficio y misa propios para todo el órden Belemítico, asignados á la Dominica tercera despues de la Epifanía, y esta gracia se hizo despues extensiva á todo el clero americano. Bendigamos

el amor y providencia paternal de Dios, que por aquel instituto religioso tan recomendable, al mismo tiempo que proporcionaba á la humanidad doliente tan oportuno alivio, promovia la celebridad de las glorias de su Santísima Madre y Señora nuestra en Belén.

*La Epístola es del capítulo XII del Apóstol San Pablo á los romanos.*

Hermauos: No querais teneros dentro de vosotros mismos por sabios. A nadie volvais mal por mal, procurando obrar bien, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres. Vivid en paz, si ser puede, y cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres. No os vengueis vosotros mismos, queridos míos, sino dad lugar á que se pase la cólera; pues está escrito: A mí toca la venganza: yo haré justicia, dice el Señor. Antes bien, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que con hacer eso amontonarás ascuas encendidas sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal; mas procura vencer al mal con el bien.

*El Evangelio es del capítulo VIII de San Mateo.*

En aquel tiempo: Habiendo bajado Jesus, del monte, le fué siguiendo una gran muchedumbre de gentes. En esto, viniendo á él un leproso, le adoraba diciendo: Señor, si tú quieres, puedes limpiarme. Y Jesus, extendiendo la mano, le tocó, diciendo: Quiero, queda limpio; y al instante quedó curado de su lepra. Y Jesus le dijo: Mira que no lo digas á nadie; pero ve á presentarte al sacerdote, y ofrece el don que Moises ordenó para que les sirva de testimonio. Y al entrar en Cafarnaum, le salió al encuentro un centurion, y le rogaba, diciendo: Señor, un criado mio está postrado en mi casa, paralítico y padece muchísimo. Dícete Jesus: Yo iré y le curaré. Y replicó el centurion: Señor, no soy yo digno de que tú entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra y quedará curado mi criado; pues aun yo, que no soy mas que un hombre sujeto á otros, como tengo soldados á mi mando, digo al uno: marcha, y él marcha; y al otro: ven, y viene; y á mi criado: haz esto, y lo hace. Al oír esto Jesus, mostró grande admiracion, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que ni aun en medio de Israel he hallado fé tan grande. Así yo os declaro que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y estarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mientras que los hijos del reino serán



echados fuera á las tinieblas: allí será el llanto y el crujir de dientes. Despues dijo Jesus al centurion: Vete, y succédate conforme has creido; y en aquella misma hora quedó sano el criado.

### MEDITACION.

#### *Sobre la subordinación á los superiores.*

Considera que el deber primero de la justicia, es someter el entendimiento á Dios y á los que están en su lugar; porque como el hombre ha recibido de Dios todas sus facultades, debe rendirle el homenaje de todas ellas, principalmente del entendimiento y de la voluntad. Sometemos el entendimiento á Dios, cuando creemos lo que no comprendemos; y la voluntad le rinde obediencia cuando ejecuta lo que no es de su gusto. Si yo me someto solamente en lo que concibo y en lo que quiero, mi subordinación y mi obediencia no se elevan sobre las inclinaciones de la naturaleza; son humanas y no divinas; pues le niego á Dios el sacrificio de mi razon, que es el primer homenaje que me exige para elevarme al órden sobrenatural de la gracia. Jesus, que es la sabiduría del Padre Eterno, dice que juzga como oye, y que hace lo que se le ha mandado. ¿Pues cómo podemos nosotros juzgar por sola nuestra razon y hacer solo lo que nos agrada? A la verdad, que con esto no satisfacemos á lo que debemos á un Dios que se ha dignado revelarnos sus verdades y sus misterios; y guiar nuestros pasos por una moral toda santa, toda divina: á un Dios que nos ha puesto en sus ministros unos maestros que propogasen las luces evangélicas y nos declaren la voluntad divina contenida en los preceptos de la ley y en las reglas de la perfeccion cristiana. Es necesario, pues, que sujetemos nuestro juicio y rindamos nuestra voluntad á un Dios suma verdad y bondad infinita, y á unos ministros fieles que nos exponen el dogma y nos declaran la moral.

Considera que nuestra subordinación debe ser absoluta y nuestra obediencia de todo punto ciega. Los caminos de Dios son tan admirables como ocultos; nos llevan al cielo, nos guian á la perfeccion por sendas que nos son desconocidas; y esto al paso en que el pecado original ha oscurecido nuestro entendimiento y pervertido nuestra voluntad. ¿Cómo, pues, acercarnos á la senda segura de nuestra salvacion? Necesario nos es que tengamos regla y direccion, pues sin ellas todo será extravío. Entregados á solas nuestras

luces, ¿cómo podrémos conocer si hemos errado el camino; y mas sabiendo que muchos se han engañado y perdido por adherirse á su propio dictámen? Asunto es este de suma importancia, pues del acierto en el camino depende el logro de nuestra salvacion. Desengañémosnos; no hay en la oscuridad de esta noche ni en el arcano de estos caminos, otra antorcha ni otra guia que la santa obediencia. ¡Feliz el hombre que se abandona á ella! El navegante en la embarcacion puede dormir con sosiego, seguro de que llegará á puerto de salvamento, porque su piloto es Jesucristo.

### PETICION Y PROPÓSITOS.

Obedece, alma cristiana, á tus directores; obedécelos en todo lo que no sea manifestamente contrario á la ley de Dios; obedece prontamente y sin repugnancia; obedece ciegamente sin sujetar á tu juicio el precepto del superior; obedece constanté hasta la muerte, pues la perseverancia en la obediencia te dará la final á que está allegada tu salvacion. ¡Oh Dios, autor de la obediencia, que para enseñarnosla con tu ejemplo te hiciste hombre, y la llevaste á tanta perfeccion que obedeciste hasta la muerte, concédeme esta virtud excelentísima, y dale vida y esplendor con las luces soberanas de la fé y de la gracia!

### JACULATORIA.

Mejor es la obediencia que las victimas.

### LECCION.

*Sobre los pecados que aun se cometen despues de haberse convertido á Dios.*

Muchos son, como hemos visto, los pecados que cometimos en la vida pasada, en la vida de disolucion, en el abandono de nosotros mismos: lo dirémos con mas propiedad, en nuestra muerte y mas que muerte, pues no son ménos, si reflexionamos un poco, los que continuamos cometiendo aun despues que nos convertimos á Dios, si es que verdaderamente nos hemos convertido. Si volvemos la vista sobre nosotros mismos, encontraremos algunas reliquias de la vida pasada: aun no nos hemos acabado de despojar del hombre viejo; aun no hemos exterminado nuestros enemigos. Tratamos de cumplir con los deberes que tenemos que desempeñar para con Dios,



para con nosotros mismos y para con nuestros prójimos, y en esto mismo cometemos mil defectos. Después de haber conocido estas obligaciones, de habernos convertido á Dios, nada ó casi nada nos aprovechamos: aun no arrancamos nuestras pasiones, aun no plantamos las virtudes: hechos árboles anudados y troncos envejecidos, no crecemos, no damos frutos. Este estado es acaso mas lamentable que el anterior: en el camino de la virtud el no andar es retroceder; la falta de fervor y devocion es un estado de tibieza; este es peor que el de frialdad.

A la verdad, ¿cuánta es la penitencia que hacemos por nuestros pecados pasados? ¿Cuál es el amor, temor y esperanza que tenemos en Dios? No le amamos, pues que habiéndole ofendido tanto, le satisficemos tan poco: no le tememos, pues aun le ofendemos; y abusamos de la esperanza en su bondad, pues ningún cuidado ponemos en evitar el pecado. El Espíritu Santo nos da voces; mas por no contradecir completa y perfectamente á nuestra propia voluntad, por no desacirnros de las criaturas á que tanto tiempo hemos estado unidos, lo despreciamos y somos rebeldes á sus inspiraciones. El nos llama al camino de la salvacion, y nosotros corremos por el de nuestra perdicion: él nos brinda con bienes celestiales, y nosotros apetecemos los carnales. Conocemos cuál es la voluntad de Dios, y para obsequiarla consultamos primero la nuestra: si está conforme, le obedecemos; si se opone, no le servimos. El nos llama á una vida retirada, y nosotros apetecemos la pública: quiere que nos dediquemos á ejercicios espirituales, y nosotros buscamos los temporales: él trata de santificarnos, y nosotros solo pensamos en mancharnos; finalmente, él nos pone en el camino de la virtud, y nosotros suspiramos por la senda del vicio. ¿Y cómo? Del modo siguiente: Si hacemos obras buenas, es con defectos: si nos dedicamos á la oracion, es con enfado, con pereza, y sin la reverencia debida á la magestad del Dios soberano con quien hablamos en ella: apenas comenzamos cuando queremos acabar. Las demas obras buenas, si no son tibias, están llenas de vanidad: unas se hacen por adquirir reputacion, otras por agradar á los hombres: estas por cumplimiento, aquellas por importunidad: unas y otras por gusto, por pura complacencia, ¡y qué pocas por solo servir á Dios!

Y si de este modo hemos cumplido con las obligaciones para con Dios, habrémos desempeñado mejor las que tenemos para con nuestro prójimo? De ninguna suerte. Le amamos; pero no en Dios ni

como Dios manda: no sentimos sus trabajos ni aun los compadece mos: preciamos de justos, y vemos sus hechos con indignacion. Siendo de una misma y propia masa, no juzgamos de los gustos y necesidades de los otros por las nuestras; en lugar de ser humanos, somos envidiosos y vengativos: el rencor ocupa el lugar de la comiseracion y benignidad. El que duerme en cama de caoba y se alimenta de los mas condimentados manjares, encuentra dificultad para creer que es su hermano el pobre labrador y el miserable artesano que descansan en el suelo y comen un toseo pan, envuelto en el sudor de su rostro y fatiga de sus cuerpos. Si en la Iglesia estamos cerca de personas pobres y de baja cuna, tiene mucho que padecer nuestro orgullo. En tales casos, la religion, justa y vengadora de los derechos del pobre y desvalido, saca la cara, y nos repite que ninguna cosa entre nosotros es grande sino el alma; y que todas las almas en órden á su origen y destino, son iguales en todos los hombres: al rico y al pobre pone delante el barro de que fué formado; la ceniza y polvo en que se ha de convertir; la flaqueza y debilidad en que todos indistintamente nacemos, y la miseria en que igualmente todos perecemos.

¿Qué de veces el hombre cristiano es de peor condicion que el salvaje! A cada paso falta á las obligaciones para con su prójimo. El Autor del mundo y de todo lo criado, quiso que hubiese una multitud de necesidades, las que bien léjos de ser verdaderos males, son unos felices y fecundos bienes: ellas nos proporcionan la dicha de esparcirnos en liberalidades y beneficios. El hombre cristiano está lleno de aquella caridad, que como dice el Apóstol, le hace llorar con el que llora, reir con el que rie; es afable, es condescendiente; presta sin rédito; da sin disgusto; es todo de todos, y está mas contento cuando ha servido á sus hermanos, que si hubiera obtenido todas las riquezas y honores del mundo. Esta nos parece una doctrina austera, porque aun no acabamos de convertirnos á Dios; porque la avaricia y la soberbia nos tienen sordos, y aun nos avasallan á nuestros antiguos y depravados deseos. No hay cosa mas desagradable á los ojos de la caridad, que la dureza que se ostenta contra los desvalidos y necesitados. ¿Desconocerlos, no es ultrajarnos á nosotros mismos? Si estimamos á los hombres por su fausto y sus riquezas, sin duda preferimos un poco de lodo, una poca de arena, á la hechura de las manos del Artífice Divino. ¿De cuándo acá es mas el vestido que el cuerpo, el alma inmortal que el dinero?



Para reflexionar sobre estas verdades, no se necesitan estudios, basta sondearnos dentro de nosotros mismos: sí, aquí dentro de nuestra conciencia hollarémos las mas íntimas relaciones para con los individuos de nuestra especie. ¿Qué sería de nosotros si solo nos encontrásemos rodeados de árboles, peñas y riscos? El rico y el pobre se necesitan uno á otro; toda nuestra vida no es mas que una mútua dependencia, y á veces es mas esclavo aquel que se cree mas libre. Con la ayuda de estas reflexiones, conseguiremos el verdadero honor y grandeza de alma, tratando al hombre mas despreciable como á nuestro hermano; porque efectivamente, por mas que nos portemos con altanería y desprecio respecto de nuestros inferiores, no por eso dejarán de ser nuestros hermanos y semejantes. ¿Quién hay que pueda eximirse de amar al prójimo por defectos que en él suponga? El ladrón que nos roba, el cruel asesino que nos ha quitado la fama y las riquezas, este que nos maldice, aquel que nos desprecia, no deben excitar nuestra aversion: amar á todos los hombres, tengan los defectos que tuvieren, es cuidar de nosotros mismos, respetar los mandatos del Señor, y convertirnos verdaderamente á Dios. Aun cuando una persona se hace digna de castigo, compadecámonos de ella al ménos. Los mas execrables malhechores son dignos de nuestra compasion; tanto mas, cuanto que estamos expuestos, ¡qué digo expuestos! cuanto que cada dia acaso cometemos peores y mas vergonzosos pecados que ellos. *El que esturriere de piés*, dice San Pablo, *tenga cuidado de no caer*. ¿Qué diferencia habria en las casas, en las ciudades, si la caridad nos animara á todos! En tal caso disculparíamos los defectos de los otros; perdonaríamos sus faltas; nadie se burlaria de ninguno; en fin, todos seríamos felices siendo dóciles, benignos, amables, pacíficos, y lo que es el fundamento de todo, humildes. Pero, ¡qué fatalidad! despues de conocer á Dios, despues de habernos convertido á su Magestad, aun somos inexorables para con el prójimo.—Continuáremos en la siguiente.

#### Cuarto Domingo despues de la Epifanía.

El Introito de la misa de esta Dominica es el mismo que el de la anterior, así como de la quinta y sexta siguientes, por la movilidad de estas Dominicas, que como ya se ha dicho se dan en mas ó mé-

CUARTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA. 91  
nos número despues de la Epifanía, si tienen lugar ó despues de la vigesima tercia despues de Pentecostes; mas la Epístola y Evangelio sí son propios. Solo haremos reflexion acerca del Introito por las palabras de que se forma son citadas por San Pablo en su carta á los hebreos, en la cual dice, hablando del Señor: "Cuando otra vez introduce á su primogénito al orbe de la tierra, adórenle todos los ángeles;" y siendo claro que por esta segunda entrada del Hijo de Dios en el mundo entiende el Apóstol la segunda venida de Cristo en calidad de Juez soberano de vivos y de muertos, se colige que el salmo de que han sido tomadas las palabras del Introito se contrae á esta segunda venida del Salvador. Sin embargo, San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría y otros padres entienden por la primera entrada del Hijo de Dios su generacion eterna, y por la segunda su Encarnacion ó su nacimiento temporal. Sea de un modo ó sea de otro, siempre es cierto que todos los ángeles de Dios reconocen y adoran á Jesucristo como su Dios y su Señor, y le tributan eternas alabanzas.

La Epístola es una continuation de la del Domingo antecedente, tomada del capítulo XIII de la carta de San Pablo á los romanos. En ella, exhorta á los súbditos á obedecer á sus superiores por un principio de conciencia; lo que prueba que no se puede desobedecer á las legítimas autoridades, en materia grave, sin pecar mortalmente. Asimismo exhorta á los fieles á dar á cada uno lo que le es debido; y habla tambien del amor del prójimo, al cual se ordena toda la ley. Son notables las palabras con que intima el Apóstol la obediencia: "Estad sujetos, dice, no solo por temor del castigo, sino tambien por no ir contra la conciencia;" como si dijera: obedeciendo exteriormente á los superiores evitareis la pena que os pudiera imponer por la desobediencia; pero si solo obedecéis por este temor, y no por lo que debéis á Dios segun la conciencia, desagradaréis á Dios que ve vuestro corazon y atiende al motivo y á la disposicion con que haceis una obra de obediencia. Terrible es el castigo de los hombres; ¡pero cuánto mas terrible es el de Dios! Dad á cada uno, continúa el Apóstol, lo que le debéis; el tributo, á quien se debe el tributo; los impuestos, á quien se debe los impuestos; el temor, á quien se debe el temor; la honra, á quien se debe la honra. De este modo la ley cristiana fortifica y eleva á un mismo tiempo las obligaciones de la vida civil por los santos fines con que las hace practicar.



Procurad no deber nada á nadie sino la mutua caridad, prosigue San Pablo; siendo el sentido de estas palabras, el que despues de haber salido de todas las deudas temporales que tenemos con el prójimo, resta todavía una con que estamos cargados toda la vida, y es el amor del mismo prójimo; los oficios de caridad que hayamos hecho con él en lo pasado, no nos dispensan la obligacion de hacerle continuamente otros nuevos. Como el amor del prójimo está fundado sobre el amor que debemos tener á Dios; y como el segundo precepto es semejante al primero, la ley es tan indispensable como universal; y la ingratitude del prójimo no nos dispensa de esta obligacion. Poco importa que mi prójimo sea vicioso ó maligno: lo que yo debo hacer en este caso es aborrecer sus defectos; pero no por eso puedo dejar de amar su persona; pues la caridad cubre la multitud de los pecados, como dice San Pedro: esto es, la caridad hace que apartemos la vista de los pecados del prójimo, para solo ver su persona. Quien ama á su prójimo ha cumplido con la ley, añade el Apóstol, y la razon que da es que los preceptos del Decálogo relativos al prójimo, se reducen á prohibir que se le haga algun mal; y como el amor del prójimo impide que se haga cosa de que se le pueda seguir algun daño, se infiere que en este amor consiste toda la plenitud ó cumplimiento de la ley por lo que mira al prójimo; sin que por esto nos contentemos con solo el no dañarle; pues la caridad perfecciona la ley y la complementa con los beneficios positivos que nos dicta hacer al prójimo. El amor que cada uno se tiene á sí mismo, debe ser la medida y el modelo del amor que debemos tener al prójimo: debemos tener el mismo cuidado de desviar, de prevenir todo lo que pueda ofenderle; el mismo ardor y la misma viveza para hacerle bien. De este principio se infiere que hay muy pocas personas que amen verdaderamente á sus prójimos. ¿Por ventura lo amamos nosotros como nos amamos á nosotros mismos? Este, y no otro, es el espíritu del precepto; esta es la prueba y la medida de este amor.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo VIII de San Mateo, en que el sagrado historiador cuenta la tempestad que se levantó repentinamente en el mar de Galilea, estando durmiendo el Salvador en una barca de pescadores; la que sosegó el Señor al instante que despertó.

Viéndose un dia Jesus rodeado de mucho pueblo á la ribera del mar de Galilea, el segundo año de su predicacion, entró en una barca y mandó á sus discípulos que pasaran al otro lado del lago; lo

que ejecutaron al punto. La mar de Galilea era un gran lago que tenia cerca de ocho leguas de largo y tres ó cuatro de ancho; de suerte que cuando se levantaba viento, el agua era agitada tan furiosamente, que algunas veces llegaba á sumergir los bajeles de que se servian para pescar en el lago ó para pasar de una parte á otra. Algunas barcas, dice San Márcos, se juntaron á la en que iba Jesus para acompañarlo; y estando bien adentro del lago, se levantó una tempestad tan furiosa, que entrando con ímpetu las olas en la barca, la cubrian toda, y parecia que á cada momento se iba á fondo.

Entre tanto Jesucristo dormia tranquilamente en la popa, no obstante el ruido de la tormenta; no olvidado del socorro que preparaba á sus discípulos, pero sí esperando el lance en que se los habia de prestar, para probar entre tanto su fé y su confianza. La barca cubierta de las olas, dicen los Padres, significaba á la Iglesia enmedio de las persecuciones de sus enemigos, y de los vientos de las tentaciones. Jesus está en la barca; no la desampara, pero duerme para probar su constancia: no hay que temer: él sabrá despertar cuando sea tiempo de socorrerla.

Aterrados los discípulos por la vehemencia de los vientos y la fuerza de la tempestad, van á Jesus, y lo despiertan diciéndole: "Señor, salvadnos, que perecemos; si vos no nos salvais somos perdidos." Entónces el Señor, que queria que le rogaran, les respondió con un aire tan dulce y apacible que daba á entender que el sueño natural, pero voluntario, no le habia impedido la vista del riesgo, que habia determinado hacer cesar por medio de un insignie milagro, y les dijo: ¿Qué temeis? ¿Dónde está vuestra fé? Por poca que tengais, ¿qué temeis que temer, estando yo con vosotros? Aquí no condena Jesus los ruegos de los discípulos, sino su poca firmeza y confianza. Las tentaciones, las persecuciones, los diversos accidentes de la vida, bien pueden intimidarnos y agitarlos; pero baste una palabra del Salvador para serenar la tempestad. Parece que el Señor duerme cuando deja á sus escogidos, á sus discípulos mas amados, á su misma Iglesia en la tribulacion y en las adversidades; pero su paciencia, que nosotros tenemos por sueño no es involuntaria. Dios no permite las adversidades y los accidentes tristes de la vida, sino para sacar de ellos su gloria y nuestro provecho. En efecto, apenas hubo hecho el Salvador esta pequeña reconvenccion á sus discípulos, cuando se levanta, habla como Señor al viento y á las olas, les manda que se aplaquen; y en el mismo instante calman las



olas y cesa la tempestad. Con este prodigio, el temor del naufragio y de la muerte se trocó en admiraciones. Esta repentina calma de la mar dejó suspensos á todos los que la presenciaron. El respeto y la veneracion sucedieron al espanto; y vueltos de su aturdimiento exclamaron: ¡Quién es este hombre prodigioso que manda á los vientos y á las olas con tanta autoridad, que lo mismo es hablar una palabra que quedar todo en calma?

¡Nos aturdimos, oh Salvador divino, al ver que así mandais á los vientos y á los mares! ¡Pero cuánto mas digno de admiracion es el imperio que ejercéis sobre nuestros corazones por la poderosa virtud de vuestra gracia! El mío, vos lo sabes, es como un mar continuamente agitado por el movimiento de las pasiones que reinan en él; mandadlas, Señor, que se aquieten, para que la calma suceda á la tempestad, y yo no siga sino las dulces y apacibles impresiones de vuestra gracia y de vuestro amor.

*La Epístola de del capítulo XIII del Apóstol San Pablo á los romanos.*

Hermanos: No tengais otra deuda con nadie, que la del amor que os debéis unos á otros, puesto que quien ama al prójimo, tiene cumplida la ley. En efecto, estos mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro que haya, están recopilados en esta expresion: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. El amor que se tiene al prójimo, no sufre que se le haga daño alguno; y así el amor es el cumplimiento de la ley.

*El Evangelio de del capítulo VIII de San Mateo.*

En aquel tiempo: Entró Jesus en una barca acompañado de sus discípulos. Y he aquí que se levantó una tempestad tan recia en el mar, que las olas cubrian la barca; mas Jesus estaba durmiendo. Y acercándose á el sus discípulos, le despertaron diciendo: Señor, sálvanos que perecemos. Díceles Jesus: ¡De qué temeis, ó hombres de poca fé? Entonces puesto en pié mandó á los vientos y al mar que se apaciguaran; y siguióse una gran bonanza. De lo cual asombrados todos los que estaban allí, se decian: ¡Quién es este que los vientos y el mar le obedecen?

### MEDITACION.

*Sobre el Evangelio del día.*

Considera que Jesus conduce á sus discípulos al mar para probar su fé y su confianza con los peligros de una tempestad, y darles á conocer su poder y su amor, haciéndonos al mismo tiempo conocer que á pesar de la fé y la confianza que siempre debemos tener en su socorro, debemos guardarnos de las ocasiones con la debida precaucion; puesto que, aunque él esté con nosotros como estaba con sus discípulos, pueden levantarse y se levantan en efecto recias borrascas de tentaciones y peligros que nos exponen á perecer; sucediendo esto, no por falta de poder, ni de saber ni de amor, sino para enseñarnos á que siempre seamos vigilantes, que no busquemos nuestro reposo en la tierra, que acudamos á su paternal providencia en nuestros trabajos, y que reconozcamos el zelo y solicitud con que cuida de nosotros. Conducta es esta con que el Señor nos prueba el amor que nos tiene, como se advierte bien por lo que dijo el ángel al anciano Tobias: "Que habia sido necesario que la tentacion le probase por cuanto era acepto á Dios." Conforme á lo cual dice el Sabio: "Hijo mío, cuando te llegues al servicio de Dios, está firme en justicia y en temor, y prepara tu alma á la tentacion. ¡Por qué, pues, hemos de pensar que Dios nos abandona, ó que está airado contra nosotros, cuando nos vemos combatidos de los vientos de las tentaciones ó de la rebelion de nuestras pasiones, si vemos que estando Jesus contento con sus discípulos, no por eso les excusa la prueba de la borrasca y de su misterioso sueño? Conocamos mas bien, que esto lo hace para que busquemos su auxilio y esto se nos haga mas sensible.

Considera que lo que debemos hacer en las tormentas de esta vida es acercarnos á Jesus á imitacion de sus discípulos, despertarle con nuestros ruegos y súplicas, y representarle nuestras necesidades, diciéndole: Señor, sálvanos, que perecemos. ¡Oh, que hay muchos que alucinados con lo que pasa entre los hombres, creen que Jesus duerme un sueño profundo de que no puede ó no quiere despertar para socorrernos, y desechados por esta preocupacion, prescinden de pedirle el sócorro, y se abandonan al peligro en que ciertamente perecen. No es esa la conducta que debemos seguir. Jesus no duerme ni deja de saber cuanto nos pasa, y si para probarnos se



há como quien duerme, este es un sueño que no le priva de la vigilia: "Yo duermo, nos dice en los Cantares; pero mi corazón vela." Por eso se nos dice en la Escritura que si tarda en respondernos, lo aguardemos aún; porque no ha de dejar de socorrernos, como lo experimentamos á cada paso. ¡Mas qué dirémos de aquellos que no experimentan un auxilio sensible que consuele su espíritu, y que parece que están siempre clamando á unos oídos cerrados y entorpecidos por el sopor de un desentendimiento indoblegable? Diremos, sin temor de errar, que se engañan en su juicio: que el que juzgan dormido está despierto, y prestándoles positivamente su auxilio soberano: que este es, y no sus propias fuerzas, el que los está sosteniendo contra la tentación, aunque no lo conozcan ni lo sientan: que si aun sigue la borrasca, es porque les conviene sufrir mas larga prueba; y que la falta de consuelo sensible, es una muestra del amor divino, que se los niega, no por falta de misericordia y de ternura paternal, sino por evitarles el gran mal de que socorridos sensiblemente, se ensoberbezcan, pierdan el miedo al peligro, abandonen la precaucion saludable, y se hagan indignos de otros nuevos auxilios que el Señor les prepara para nuevos peligros. Esta es la razon porque los místicos aconsejan á tales almas que, pedido el auxilio divino, se aquieten y descansen á los piés de Jesus y duerman con él, seguros de que no los ha de dejar perecer.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

Haz, Señor, que yo sea poseido de una confianza tan firme y segura en vuestro amparo, que no me muevan de este sendero de paz y de seguridad las tentaciones de desesperacion con que el enemigo quiere sacarme de vuestra barca y precipitarme en el mar de la iniquidad y el pecado. ¡Ah! ¿cuándo, Jesus mio, me sacaréis de este mar proceloso en que vivo, fluctuando agitado de los vientos y las tempestades? ¿Cuándo mandaréis á mis pasiones que se sosieguen y que reine en mi corazón una calma y una serenidad que vos solo podeis producir? ¡Ah! yo confío que no estaré muy lejos del puerto de salvacion que me asegure para siempre; y que entre tanto me continuareis vuestro auxilio, ya sea sensible ó insensiblemente; que yo ilustrado por estos conocimientos, siempre permaneceré firme en la confianza que he colocado en vos.

#### JACULATORIA.

Asístemme, Señor, tú que dijiste: En la tribulacion me invocaste, y te libré; te oí en el escondido de la tempestad: hice prueba de tí junto al agua de la contradiccion.

#### LECCION.

*Continúa la materia de la precedente, sobre los pecados que se cometen contra el prójimo despues de haberse convertido á Dios.*

Sea cuanta se quiera la bondad que ejercitamos con el prójimo, el Evngelio nos dice que con esto no se satisface sino una leve parte de lo que la religion nos pide, si nuestra solicitud no abraza mas que cosas de esta vida, y si nos limitamos á procurar á nuestros hermanos no mas que bienes terrenos ó prosperidades temporales. El mismo empeño, la misma actividad y solicitud que debemos tener por nosotros mismos para conseguir nuestra felicidad eterna, esa misma debemos tener por todos. De aquí es que estamos obligados á dar consejos útiles, buenos ejemplos, y á no hablar sino de cosas que inspiren amor á la virtud. Este es el provecho que debemos sacar de nuestra verdadera conversion, por mas que parezca extraño á ciertos cristianos que conservan aun los resabios del mundo á quien tanto tiempo sirvieron, por mas que no parezca bien á los que por el qué dirán no se atreven á desnudarse enteramente del hombre viejo y vestirse del nuevo.

¡Ah! que si por algunos se ven olvidadas, ó por mejor decir, aniquiladas las obligaciones para con el prójimo, es ciertamente por los que solamente son un medio entre los verdaderos virtuosos y entre los malos: son intolerantes para con los unos y despreciadores para con los otros; por lo malo que tienen critican á los buenos, y por lo bueno que apenas comienzan á tener hablan de los malos. Cesa por lo mismo la cordialidad y estrechez en las familias, el candor y buena fé: no hay sinceridad, no hay indulgencia, no hay complacencia. A la caridad se sustituye á veces un amor extravagante y ridiculo, á veces un estólido y atolondrado.

Todos se recelan de registrarse á sí mismos y oír las quejas y clamores de la conciencia; de ahí es que siempre procuran diciparse y salir fuera de sí. Aun los que piensan dedicarse al servicio de Dios, y que parece tienen bastante ánimo para desprenderse del mundo, no dejan de entregarse á frioleras, ó negocios que disipan los prime-



ros fervores de su conversión. Sea lo que fuere de esto, el hombre siempre debe á sus hermanos los demas hombres, la obligacion de verlos, tratarlos con dulzura y consolarlos: no se nos ha concedido la facultad de reir y de llorar para emplearlo únicamente respecto de nosotros mismos, sino para manifestar el gozo ó el pesar que sentimos en el bien ó en el mal de nuestro prójimo. Si pensáramos frecuentemente que á los recién convertidos no conviene satisfacer siempre y en todos sus gustos, seríamos ménos difíciles para entregarnos á las obras de penitencia y satisfactorias de nuestros pecados; y ménos fáciles para dísiparnos en donaires, saínetes, gracias, modales, tonos, y expresiones de modar la virtud no nos parecería tan insípida. Si reflexionáramos mas sobre nuestra vida presente y viéramos la pasada, seríamos ménos delicados para las mortificaciones.

Mas pasando á otra cosa, ¿vot dirémos de cierto mal humor de las almas que tratan de ser devotas? ¿De esa indisposicion del alma, que sin ser cólera ni melancolía, les asalta repentinamente y les hace verdugos de sus vecinos y azote de sus mejores amigos? No son los maridos indignos y regañones, las mugeres ásperas é intratables, y los amos feroces é inhumanos, sino porque se abandonan á este miserable humor. Este es aquella levadura que fermenta, corrompe y hace odiosa toda virtud: este es aquel capricho, que pasando repentinamente de la extravagancia á la hipocondría; del amor, al ódio; de las caricias, á las injurias; de la esperanza, á la desesperacion; y de la avaricia, á la prodigalidad, nos roba toda consistencia, y en algun modo nos despoja de nosotros mismos. La religion, que no aprueba sino procedimientos racionales y virtuosos, incessantemente contradice este humor. ¿Cuántas veces nos dice la conciencia que áquel es un loco que se enoja sin motivo? Si nosotros no escuchamos sus reprensiones siempre justas, es porque á pesar de habernos convertido, aun damos oídos á nuestras pasiones. Sabed, nos dice la religion, que el hombre solo es virtuoso porque tiene principios que le gobiernan; porque su vida siempre uniforme, no debe turbarse por alternativas que le molesten; porque su corazón fué formado para obrar de acuerdo con la razon y porque sus pasiones en tanto son tolerables, en cuanto son originarias de virtud y humanidad.

Esta voz interior haria en nosotros transformaciones maravillosas si fuéramos ménos disipados. Entónces seríamos mas prontos y exactos en pagar lo que debemos; y más piadosos ofreciendo nues-

tro favor y nuestro dinero sin recompensa ni réditos: entónces visitaríamos las cárceles y hospitales, y daríamos consuelo á los detenidos en ellos; buscaríamos á los pobres por cabañas y arrabales y les aliviáramos en sus calamidades; saldríamos al encuentro de la vinda y el huérfano y los asistiríamos; entónces el dinero de nuestros bolsillos no sería mas que medio para obligar; nuestro crédito y reputacion causa para que el mérito ajeno luciese y se le recompensase: entónces nos avergouzaríamos en algun modo de tener nosotros mas entendimiento ó luces, mas bienes ó estimacion que otros, temerosos de que á nuestra vista no se vieran como humillados: entónces verdaderos cristianos, trabajaríamos continuamente en acercar á nosotros aquellas distancias que la desigualdad de las clases y la mala costumbre han introducido entre nosotros y los que nos sirven: entónces no contáramos los dias por los soles que nos alumbran, sino por los que tuvimos la fortuna de hacer bien á alguno de nuestros hermanos: entónces finalmente, reputáramos por frioleras y nonadas los pensamientos, las palabras y las obras que no hubiesen tenido por fin el hacer bien á nuestros hermanos.

Este es, cristiano convertido, el compendio ó resumen de nuestras obligaciones para con el prójimo. Pero ¡qué fatalidad! Bien distantes de cumplir con ellas, todos á competencia nos robamos, nos ofendemos y destruimos; y porque se desprecian las leyes, y se interpretan torcidamente, los calumniadores componen y venden los libros mas desenfadados é infames. Ya en tiempos pasados el santo zelo y la virtud estuvieron expuestos á la envidia y el furor: no ha habido hombre ilustre ni personaje santo á quien no se haya cruel y odiosamente desacreditado, pero en los tiempos presentes esto es nada! Pues que se ha llegado á creer ser útil y glorioso el calumniar á la misma santa, pura y divina religion. Pero sepáremos la vista de tamaños excesos, y fijémosla solo en los de los católicos convertidos al parecer; pero que les falta aun mucho para ser buenos. No hay extratagemá ó pretexto que no se invente, aunque sea con lástimas y buenos deseos, para desacreditado y ruina de otro: cuando no se puede hacer el ataque al entendimiento, se dirige la batería á la cuna, y cuando no es fácil negar la rectitud y buenos procederes, se tira contra las intenciones que suponemos perversas. Todos se lamentan de estas desgracias, y todos á la vez son causa de ellas. Si supiéramos lo que la caridad nos prescribe para con el prójimo, nunca lo condenáramos sin oírlo y sin examinarlo, y sus faltas nos las-



timarian como propias nuestras: creeríamos su mal; pero á mas no poder, y con repugnancia, estando siempre prontos para suponerlo bueno. Pediríamos incesantemente todos los dias á ejemplo de David la gracia de no escuchar la preocupacion, convencidos de que la buena intencion no disculpa, sino solo la ignorancia invencible, muy dificil de darse en las obligaciones que la misma naturaleza nos dicta debemos tener para con el prójimo. ¡Dichosos si llegan á desaparecer de entre nosotros la venganza y la aversion!



### Quinto Domingo despues de Epifanía.

LA historia de este Domingo no contiene cosa particular. El introito de su misa es el mismo que el de los Domingos antecedentes, tomado del salmo 96, que como ya se ha dicho, lo interpretan los Santos Padres como relativo á la venida de Jesucristo á juzgar al mundo: sus expresiones parece no significan otra cosa. Vendrá un dia sobre la tierra cubierto de expesas nubes, dice el Profeta; el trono del Señor estará sostenido por la justicia y por la sabiduria: él será precedido de un fuego voraz que se extenderá por todas partes y abrasará á sus enemigos: todo el universo se consternará al ver los relámpagos que centellarán por los aires. Los montes y toda la tierra se disolverán en la presencia del Señor, como la cera se derrite á la accion del fuego. Los cielos, por una infinidad de prodigios, anunciarán á los hombres que ya ha llegado el tiempo de su justicia; todos los pueblos verán entónces su gloria. En aquel dia serán confundidos los que adoran á los ídolos y se glorían de la proteccion de las vanas figuras que fabricaron. Aquí el Profeta arrebatado de un repentino entusiasmo, exclama: Angeles del Señor, adorad á este Juez soberano; que son las palabras con que empieza el introito. En fin, David finaliza este salmo, convidando á todas las almas justas á poner su confianza, su alegría y su gloria en el Señor.

La Epístola es del capítulo III de la que escribió San Pablo á los colosenses. Se cree que estos fueron convertidos á la fé por Epafras, y el Evangelio habia producido allí muchos frutos; pero á los falsos apóstoles convertidos del judaismo, el demonio excitaba para introducir la division en la Iglesia; fueron á Colosos y predicaron la necesidad de la circuncision y de las observancias legales, con

otros muchos errores y supersticiones con que procuraban sostener el judaismo, desfigurando la faz de la religion cristiana, que en su pureza y legitimidad predicaron los apóstoles.

Informado San Pablo del estrago que comenzaban á hacer en los incautos aquellos falsos apóstoles, creyó que debia emplear su autoridad y sus luces para sostener la fé de los colosenses como Apóstol que era de las gentes, y les escribió desde Roma, donde á la sazón se hallaba preso, la admirable Epístola de que se lee una parte en esta misa. En ella el Apóstol ensalza la grandeza de Jesucristo, que es la imágen del Padre, el mediador y reconciliador de los hombres con Dios, la cabeza de la Iglesia, que comunica á todos sus miembros la accion, el movimiento, el espíritu y la vida. Les pinta despues de una manera demostrativa á los falsos apóstoles, descubriendo su astucia y sus tortuosas miras, y haciendo ver á los fieles que solo Jesucristo es el autor de la salvacion; que en él subsiste esencialmente la divinidad; que supera infinitamente á todas las potestades y virtudes celestiales; que en él hemos recibido la verdadera circuncision del corazon; que por su sangre hemos sido reengendrados, y resucitados con él por el bautismo; infiriendo de todo esto la ninguna necesidad que habia ya de las ceremonias legales del judaismo, y si la que tenemos de despojarnos del hombre viejo y vestimos del nuevo. Vestíos, dice el Apóstol, como escogidos de Dios santos y amados, unas entrañas de misericordia, de mansedumbre, de humildad, de modestia, de paciencia, soportándoos mutuamente y perdonándoos unos á otros, si alguno tiene motivo de quejarse de otro: así como el Señor os ha perdonado, haceldo vosotros con vuestros ofensores, y sobre todo, tened caridad; porque ella es la primera y mas importante de todas las virtudes y el vínculo de la perfeccion. La paz de Jesucristo, prosigue San Pablo, reine en vuestros corazones, y sea inalterable en medio de las persecuciones, de las adversidades y de todos los accidentes tristes de la vida: La palabra de Dios está en vosotros en toda su plenitud y con toda sabiduria; oyéndola vosotros, meditándola y practicándola eficazmente: animaos los unos á los otros con salmos, himnos y cánticos espirituales; en fin, concluye, todo que lo habeis, ya sea que habeis ó ya que obreis, haceldo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, dando gracias á Dios Padre por él. He aquí el compendio de toda la perfeccion cristiana: he aquí la idea cabal de la santidad: no hacer nada; no decir nada de que Dios no sea el fin y el objeto: no